

LA HORA DEL GETSEMANÍ



MARÍA VALTORTA

LA HORA DEL GETSEMANÍ

(Dictada a María Valtorta)

6 de julio de 1944

Dice Jesús:

“¿Ves, alma mía, como tenía mucha razón al decir: “El conocimiento de mi tormento del Getsemaní no sería entendido y se convertiría en escándalo?”

La gente no admite al Demonio. Quienes lo admiten no admiten que el Demonio haya podido vejar el alma de Cristo hasta el punto de hacerle sudar sangre. Pero tú, que has tenido una migaja de esta tentación, lo puedes comprender.

Hablemos, pues, juntos.

Me has preguntado: “¿Cuántas agonías del Getsemaní me das?”

¡Oh! ¡muchas! No por el gusto de atormentarte. Tan sólo por bondad de Maestro y de Esposo. No podría verter de una vez sobre ti, pequeña esposa, todo el cúmulo de desolaciones que me abatió aquella noche y que nadie intuyó, que nadie comprendió salvo mi Madre y mi Ángel. Morirías enloquecida. Por eso te doy una migaja ahora y otra mañana, en modo tal de hacerte saborear todo mi alimento y obtener, de tu sufrimiento, el máximo amor de compasión por tu doliente Esposo y de redención por tus hermanos.

Por eso te doy tantas horas de Getsemaní. Únelas y, como el artesano uniendo las teselas poco a poco ve formarse el cuadro completo, tú, reuniendo en tu pensamiento el recuerdo de estas horas, verás la verdadera Agonía de tu Señor.

Mira como te amo. La primera vez sólo te he dado la visión de mi desasosiego físico, y tú, sólo por verme con el rostro descompuesto, ir y venir, alzar los brazos, retorcerme las manos, llorar y abatirme, has tenido tanta pena que por poco no te me mueres.

Te he presentado esa tortura visible en varias ocasiones hasta que la has conocido y la has podido soportar. Después, poco a poco, te he desvelado mis tristezas. *Mis tristezas.*

De hombre. Todas las pasiones del hombre se han levantado como serpientes encolerizadas silbando sus derechos de existir, y Yo las he tenido que sofocar una a una para subir libremente a mi Calvario.

No todas las pasiones son malas. Ya te lo he explicado. Yo doy a este nombre sentido filosófico, no el que vosotros le dais confundiendo el sentido con el sentimiento. Y las pasiones buenas tu Jesús–Hombre las tenía como todos los hombres justos. Pero también las pasiones buenas pueden convertirse en enemigas en determinados momentos, cuando con su voz forman una cadena, cadena de durísimo, fortísimo, animadísimo acero, para impedirnos cumplir la voluntad de Dios.

Amar la vida, don de Dios, es un deber, tanto es así que quien se mata es tan culpable y aún más que quien mata, porque quien mata falta a la caridad con el prójimo pero puede tener la atenuante de una provocación que lo ha enloquecido, mientras que quien se mata falta contra sí mismo y contra Dios que le ha dado la vida para que la viva hasta su llamada. Matarse es arrancarse de encima el don de Dios y arrojarlo, con alaridos de maldición, contra el Rostro de Dios. Quien se mata desespera de tener un Padre, un Amigo, un Bueno. Quien se mata niega todo dogma de fe y toda aserción de fe. Quien se mata niega a Dios. Por tanto la vida tiene que importarnos.

Pero cómo: ¿amarla? ¿Esclavizándonos a ella? No. La vida es una buena amiga. Amiga de la otra, de la Vida verdadera. Ésta es la *gran* Vida. Aquella, la *pequeña* vida. Pero como una esclava sirve y provee el alimento para su señora, así la pequeña vida sirve y nutre a la gran Vida, que alcanza la edad perfecta mediante los cuidados que la pequeña vida le proporciona.

Y es precisamente esta pequeña vida la que os proporciona el vestido adornado para ponerlos cuando seáis las señoras del Reino de Vida. Es precisamente esta pequeña vida la que os fortalece con el pan amargo, empapado en vinagre, de las cosas de cada día, y os hace adultos y perfectos para poseer la Vida que no acaba. Por esto hay que llamar “amada” a esta triste existencia de exilio y de dolor. Es el banco en el que maduran los frutos de las riquezas eternas.

¿Es medianamente buena? Alabad al Señor. ¿Está rociada de penas? Decid “gracias” al Señor. ¿Es excesivamente triste? No digáis nunca: “Es demasiado”. No digáis nunca: “Dios es malo”.

Lo he dicho mil veces: “El mal –¿y las tristezas qué son sino el fruto del mal?– el mal no viene de Dios. Es el hombre, el malvado el que hace sufrir”.

Lo he dicho mil veces: “Dios sabe hasta dónde podéis sufrir y si ve que es demasiado lo que el prójimo os proporciona, interviene no sólo aumentando vuestra capacidad de soportar, sino con consuelos celestiales, y cuando es el momento destruyendo a los malvados, porque no es lícito torturar desmedidamente al prójimo mejor”.

La vida es amada por las honestas satisfacciones que proporciona. Dios no las desaprueba. Él ha puesto el trabajo como castigo, pero también como distracción para el hombre culpable. ¡Ay de vosotros si hubierais tenido que vivir en el ocio! Desde hace siglos la Tierra sería un enorme manicomio de gente furiosa y se despedazarían unos a otros. Ya lo hacéis, porque todavía estáis demasiado ociosos. El honesto cansancio tranquiliza y da alegría y sereno reposo.

La vida es aún más querida por los afectos santos con los que se adorna. Dios no los condena. ¿Cómo podría Dios, que es Amor, condenar un amor honesto? ¡Oh la alegría de ser hijos y la alegría de ser padres! ¡Oh la alegría de encontrar una compañera que engendra hijos con el propio nombre e hijos para Dios! ¡Oh la alegría de tener una dulce hermana, un buen hermano y amigos sinceros! No, estas dulzuras honestas Dios no las condena.

Ha sido Él quien ha puesto el amor, y no sobre la Tierra, como el trabajo, para castigo y distracción del culpable, sino en el Paraíso terrestre como base de la gran alegría de ser hijos de Dios. “No es bueno que el hombre esté solo” ha dicho. Rey de lo creado, el hombre habría estado en un desierto sin una compañera. Buenos todos los animales con su rey, pero inferiores, siempre demasiado inferiores al hijo de Dios. Bueno, infinitamente bueno Dios con su hijo, pero siempre demasiado superior a él. El hombre habría padecido la soledad de estar igualmente lejos del divino y del animal. Y Dios le dio la compañera.

Y no sólo eso, sino que del casto amor con ella le habría concedido hijos bien amados para que el hombre y la mujer pudieran decir la palabra más dulce después del Nombre de Dios: “¡Hijo mío!”, y los hijos pudieran decir la palabra más santa después del Nombre de Dios: “¡Madre!”.

¡Madre! Quien dice “madre” ya está orando.

Decir “madre” quiere decir dar gracias a Dios por su Providencia, que da una madre a los hijos del hombre y hasta a los pequeños hijos de las fieras y de los animales domésticos y de los pájaros voladores y de los mudos peces, para que el hombre no conociera el terror de crecer solo y no cayera por falta de apoyo cuando aún era demasiado débil para conocer el Bien y el Mal. Decir “madre” quiere decir bendecir a Dios que nos hace conocer lo que es el amor a través del beso de una madre y de las palabras de sus labios. Decir “madre” quiere decir conocer a Dios que nos da un reflejo de su principal atributo, la Bondad, mediante la indulgencia de una madre. Y conocer a Dios quiere decir esperar, creer y amar. Quiere decir salvarse.

Tener un hermano ¿no es como tener, para una planta, la planta gemela que sostiene en las horas de borrasca, trenzando las ramas, y que en las horas de alegría aumenta su floración con el polen de su amor?

Por esto he querido que los cristianos se llamasen “hermanos” unos a otros, porque es justo, dado que venís todos de un Dios y de una sangre de hombre, y porque es santo, porque es un consuelo para los que no tienen hermanos de carne el poder decir al vecino: “Hermano, yo te amo. Ámame”.

Tener un amigo sincero ¿no es como tener un compañero en el camino? Caminar solos es demasiado triste. Cuando Dios elige para la soledad de víctima a un alma, Él se hace su compañero, porque solos no se puede estar sin capitular.

La vida es un camino abrupto, pedregoso, interrumpido frecuentemente por quebradas y corrientes vertiginosas. Víboras y espinas desgarran y muerden en los escollos del terreno. Estar solos significaría perecer. Por esto Dios ha creado la amistad. Entre dos crece la fuerza y el valor. También un héroe tiene instantes de debilidad. Si está solo ¿dónde se apoya? ¿En las zarzas? ¿Dónde se agarra? ¿A las víboras? ¿Dónde se recuesta? ¿En el torrente vertiginoso o en el barranco oscuro? Por todas partes

encontraría una nueva herida y un nuevo peligro. Pero he aquí al amigo. Su pecho es apoyo, su brazo soporte, su afecto descanso. Y el héroe recobra fuerza. El caminante vuelve a caminar seguro.

Para valorar la amistad Yo he querido llamar “amigos” a mis apóstoles, y he apreciado tanto este afecto que en la hora del dolor he pedido a los tres más queridos que estuviesen conmigo en el Getsemaní. Les he rogado que velaran y oraran conmigo, por Mí... y al verles incapaces de hacerlo he sufrido tanto que me he debilitado aún más siendo, por ello, más susceptible a las seducciones satánicas. Una palabra, si hubiera podido intercambiar al menos una palabra con amigos solícitos y comprensivos de mi estado, no habría llegado a desangrarme, antes de la tortura, en la lucha por repeler a Satanás.

Pero vida y afectos no deben volverse enemigos. Nunca. Si tales llegan a ser hay que romperlos.

Los he roto, uno a uno.

Ya había roto la agitación humana de desprecio hacia el Traidor. Y un nervio de mi Corazón se había lacerado en el esfuerzo.

Ahora surgía el miedo de perder la vida. ¡La vida! Tenía treinta y tres años. Era *hombre* en aquel momento. Era el Hombre. Tenía por ello el amor virgen a la vida como lo había tenido Adán en el Paraíso terrestre. La alegría de estar vivo, de estar sano, de ser fuerte, bello, inteligente, amado, respetado. La alegría de ver y de oír, de poder expresarme. La alegría de respirar el aire puro y perfumado, de oír el arpa del viento entre los olivos y del río entre las piedras, y la flauta de un ruiseñor enamorado; de ver resplandecer las estrellas en el cielo como ojos de fuego que me miraban con amor; de ver platearse la tierra por la luna tan blanca y resplandeciente que cada noche vuelve virgen el mundo, y parece imposible que bajo su ola de cándida paz pueda actuar el Delito.

Y todo eso tenía que perderlo. No volver a ver, no volver a oír, no moverme más, no volver a estar sano, no volver a ser respetado. Hacerme el aborto purulento que se esquiva con el pie volviendo la cabeza con repugnancia, el aborto expulsado de la sociedad que me condenaba para quedar libre de darse a sus vergonzosos amores.

¡Los amigos!... Uno me había traicionado. Y mientras que Yo esperaba la muerte él se apresuraba a traérmela. Creía que iba a alegrarse con mi muerte... Los otros dormían. Y aún así les amaba. Habría podido despertarles, huir con ellos, a otro sitio, lejos y salvar vida y amistad. Y en cambio tenía que callar y quedarme. Quedarme quería decir perder los amigos y la vida. Ser un repudiado, eso es lo que quería decir.

¡La Madre! ¡Oh amor de Madre! ¡Invocado amor inclinado sobre mi dolor! ¡Amor que he rehusado para no hacerte morir con mi dolor! ¡Amor de mi Madre!

Sí, lo sé. Te llegaba cada sollozo, ¡oh Santa! Cada vez que te llamaba cada una de mis invocaciones atravesaba el espacio y penetraba como espíritu en el aposento en que tú, como siempre, pasabas tu noche orando, y en aquella noche, orando no con éxtasis sino con tormento en el alma. Lo sé, y me prohibía a mí mismo llamarte, para no hacerte llegar el lamento de tu Hijo, ¡oh Madre mártir que iniciabas tu Pasión, solitaria como Yo solitario, en la noche del Jueves pascual!

El hijo que muere entre los brazos de su madre no muere: se adormece acunado por una nana de besos que continúan los ángeles hasta el momento en que la visión de Dios quita de la memoria del hijo el deseo de su madre. Pero Yo tenía que morir entre los brazos de los verdugos y en un patíbulo, y cerrar los ojos y los oídos al griterío de maldiciones y gestos de amenazas.

¡Cómo te amé, Madre, en aquella hora del Getsemaní!

Todo el amor que te había dado y que me habías dado durante treinta y tres años de vida estaban ante Mí y sostenían su causa y me imploraban que tuviera piedad de ellos, recordándome cada uno de tus besos, cada uno de tus cuidados, las gotitas de leche que me habías dado, mis piecitos fríos de niño pobre en el hueco tibio de tus manos, las canciones de tu boca, la ligereza de tus dedos entre mis abundantes rizos, y tus sonrisas, y tu mirada y tus palabras, y tus silencios, y tu paso de paloma que posa sus rosados pies en el suelo pero tiene ya las alas entreabiertas, preparadas para el vuelo, y ni siquiera hace que se plieguen los tallos, de tan ligero que es su caminar, porque Tú estabas en la Tierra para mi alegría, ¡oh Madre! pero siempre tenías las alas trémulas de Cielo, ¡oh santa, santa, santa y enamorada!

Todas las lágrimas que ya te había costado y todas las que ahora fluían de tus ojos, y las que manarían en los tres días sucesivos, las oía caer como lluvia de lamento. ¡Oh las lágrimas de mi Madre!

Pero ¿quién puede ver llorar, oír llorar a su madre y no tener presente, mientras le dure la vida, el tormento de aquel llanto? He tenido que anular, sofocar el amor humano por ti, Madre, y pisotear tu amor y mi amor para caminar por la vía de la Voluntad de Dios.

Y estaba solo. ¡Solo! ¡Solo! La Tierra y el Cielo no tenían ya habitantes para Mí. Era el Hombre cargado de los pecados del mundo. Por ello odiado por Dios. Tenía que pagar para redimirme y volver a ser amado. Era el Hombre cargado de la Bondad del Cielo y por eso odiado por los hombres a los que la Bondad repugna. Tenía que ser matado como castigo por ser bueno.

Y también vosotras, las honestas alegrías del trabajo cumplido para dar el pan de cada día, incluso a Mí mismo antes, para después dar el pan espiritual a los hombres, os habéis puesto delante de Mí para decirme: “¿Por qué nos dejas?”.

¡Nostalgia de la tranquila casa santificada por tantas oraciones de los justos, hecha Templo por haber acogido los esponsales de Dios, hecha Cielo por haber hospedado entre sus paredes a la trinidad encerrada en el alma del Cristo Dios!

¡Nostalgia de las multitudes humildes y francas a las que daba luz y gracia y de las que recibía amor! ¡Voces de niños que me llamaban con una sonrisa, voces de madre que me llamaban con un sollozo, voces de enfermos que me llamaban con un gemido, voces de pecadores que me llamaban con temblor! Todas las oía y me decían:

“¿Por qué nos abandonas? ¿Ya no quieres acariciarnos? ¿Quién podrá acariciar como Tú nuestros rizos rubios o morenos?”.

“¿Ya no quieres devolvernos las criaturas difuntas, curarnos las moribundas? ¿Quién como Tú podrá tener piedad de las madres, Hijo santo?”.

“¿Ya no quieres sanarnos? Si Tú desapareces ¿quién nos curará?”.

“¿Ya no quieres redimirnos? Sólo Tú eres la Redención. Cada palabra tuya es fuerza que rompe una cuerda de pecado en nuestro oscuro corazón. Estamos más enfermos que

los leprosos, porque para ellos la enfermedad cesa con la muerte, para nosotros se acrecienta. ¿Y Tú te vas? ¿Quién nos comprenderá? ¿Quién será justo y piadoso? ¿Quién nos realzará? ¡Quédate, Señor!”.

“¡Quédate! ¡Quédate! ¡Quédate!” gritaba la multitud buena.

“¡Hijo!” gritaba mi Madre.

“¡Sálvate!” gritaba la vida.

He tenido que quebrar estas gargantas que gritaban, sofocarlas para impedirles gritar, para tener la fuerza de destrozarme el corazón arrancando uno a uno sus nervios para cumplir la voluntad de Dios.

Y estaba solo. O sea: estaba con Satanás.

La primera parte de la oración había sido dolorosa, pero todavía podía sentir la mirada de Dios y esperar en el amor de los amigos.

La segunda fue más dolorosa aún porque Dios se retiraba y los amigos dormían. El silbo de Satanás y la voz de la vida ratificaban: “Te sacrificas para nada. Los hombres no te amarán por tu sacrificio. Los hombres no entienden”.

La tercera... La tercera fue la locura, fue la desesperación, fue la agonía, fue la muerte. La muerte de mi alma. No resucitó solamente mi cuerpo. También mi alma ha tenido que resucitar. Porque conoció la Muerte.

Que no os parezca herejía. ¿Qué es la muerte del espíritu? La separación eterna de Dios. Pues bien: yo estaba separado de Dios. Mi espíritu había muerto. Es la verdadera hora de eternidad que concedo a mis predilectos. La que tú, pequeña esposa, te has preguntado cómo fuese desde que te han dicho que llevas una trayectoria similar a la de Verónica Giuliani, quien al final de su existencia conoció este desgarró, el mayor de todos los desgarró sobrehumanos.

Nosotros conocemos la muerte del espíritu, sin haberla merecido, para comprender el horror de la condenación, que es el tormento de los pecadores impenitentes. La conocemos para poder salvarles, lo sé. El corazón se rompe. Lo sé. La razón vacila. Lo sé todo, alma amada. Lo he pasado antes que tú. Es el horror infernal, estamos a la merced del Demonio porque estamos separados de Dios.

¿Tú crees que Marta, que venció al dragón, tembló más que nosotros? No. Nuestro sufrimiento es mayor. La fiera vencida por Marta era una fiera espantosa pero era una fiera de la Tierra. Nosotros vencemos a la Fiera–Lucifer. ¡Oh, no hay parangón! Y la Fiera–Lucifer viene cada vez más cerca cuando todo, en el Cielo y en la Tierra, se aleja de nosotros.

Ya había sido tentado en el desierto. Una leve tentación porque entonces tenía tan solo la debilidad del alimento material. Ahora estaba hambriento de alimento espiritual y hambriento de alimento moral, y no había pan para mi espíritu ni pan para mi corazón. Ya no había Dios para mi espíritu. No había afectos para mi corazón.

Y he aquí entonces, sutil como un cuchillo de viento, penetrante como aguijón de avispa, irritante como veneno de culebra, la voz de Lucifer. Una flauta que suena en sordina, tan tenue, tan tenue que no suscita nuestra vigilante atención. Penetra con la seducción de su mágica armonía, nos hace dormitar, parece un consuelo, tiene el aspecto de consuelo sobrenatural.

¡Oh Engañador eterno, qué sutil eres! El yo sólo pide ayuda. Y parece que aquel sonido le ayude. Palabras de compasión y de comprensión, dulces como caricias sobre una frente febril, calmantes como unguento sobre una quemadura, que aturden como el vino generoso dado a quien está en ayunas. El alma cansada se adormece.

Si no estuviera tan vigilante con su subconsciente, que vela tan sólo en aquellos que se nutren de la constante unión al Amor, acabaría cayendo en un letargo que la dejaría totalmente en las manos de Satanás, en un sueño hipnótico durante el cual Lucifer le haría cometer cualquier acción. Pero el alma que se ha nutrido constantemente del Amor no pierde la integridad de su subconsciente ni siquiera en la hora en que los hombres y Dios parece que se unan para enloquecerla. Y el subconsciente despierta al alma. Le grita: “Actúa. Álzate. Satanás está detrás de ti”.

La tremenda lucha da comienzo. El veneno ya está en nosotros. Por eso es necesario luchar contra sus efectos y contra las oleadas aceleradas, cada vez más vehementes y aceleradas, del nuevo veneno de la palabra satánica que se derrama sobre nosotros.

El estruendo crece. Ya no hay sonido de flauta en sordina, ya no quedan caricias ni ungüentos. Es clangor de instrumentos a todo volumen, es un golpe, una puñalada, una llama que ahoga y arde. Y en la llama he aquí que la vida pasa ante tu mirada espiritual. Ya había pasado antes con su aspecto resignado de algo sacrificado. Ahora vuelve con vestido de reina prepotente y dice: “¡Adórame! ¡Soy yo quien reina! Éstos son mis dones. Los dones que te he dado y aún te daré otros más hermosos si me eres fiel”.

Y en el sonido de los instrumentos vuelven las voces de las cosas y de las personas. Ya no imploran. Mandan, imprecán, insultan, maldicen, porque los abandonamos. Todo vuelve para atormentarnos. *Todo*. Y el alma turbada lucha cada vez más débilmente.

Cuando vacila como un guerrero desangrado y busca en el Cielo o en la Tierra un apoyo para no sucumbir, entonces Lucifer le deja su hombro. Tan sólo está él... Se pide auxilio... Tan sólo responde él... Se busca una mirada de piedad... Tan sólo se encuentra la suya...

¡Ay de aquel que crea en su sinceridad! Con la poca energía que sobrevive hay que apartarse de aquel apoyo, volver a entrar en la soledad, cerrar los ojos y contemplar el horror de nuestro destino antes que su falso aspecto, alzar las manos que tiemblan y apretarlas contra los oídos para obstaculizar la voz que engaña.

Toda arma cae al hacer así. Ya no se es más que una pobre cosa moribunda y sola. No se logra ya ni tan siquiera orar con la palabra porque el acre del aliento de Satanás nos obstruye la faringe. Tan sólo el subconsciente ora. Ora. Ora. Agita sus alas en la agonía como el convulso batir de una mariposa traspasada, y con cada batido de alas dice: “Creo, espero, amo. A pesar de todo creo, a pesar de todo espero, te amo a pesar de todo”.

No dice: “Dios”. Ya no osa pronunciar su Nombre. Se siente demasiado inmundo por la cercanía de Satanás. Pero ese nombre lo trazan las lágrimas de sangre del corazón sobre las alas angélicas del espíritu, que vosotros llamáis subconsciente mientras que en realidad es el superconsciente y en cada batido de alas ese Nombre resplandece como un

rubí tocado por el sol, y Dios lo ve, y las lágrimas de piedad de Dios circundan con perlas el rubí de vuestra sangre que gotea en un llanto heroico.

¡Oh almas que subís hasta Dios con ese Nombre así escrito con rubíes y perlas!...
¡Flores de mi Paraíso!

Satanás me decía, porque la voz entraba aunque Yo me reparara de ella:

“Mira. Aún no has muerto y ya te han abandonado. Mira. Has ayudado y eres odiado. Lo ves. Ni siquiera el mismo Dios te socorre. Si Dios no te ama, y eres su Hijo, ¿cómo puedes esperar que los hombres te agradezcan tu sacrificio?

¿Sabes lo que se merecen? La Venganza, no el Amor como Tú crees. Véngate, ¡oh Cristo!, de todos estos necios, de todos estos crueles. Véngate. Atácales con un milagro que les fulmine. Muéstrate como eres: Dios. El Dios terrible del Sinaí. El Dios terrible que me ha fulminado y que arrojó a Adán fuera del Paraíso.

Hasta ahora has dicho tan sólo palabras de bondad. Tus escasos reproches siempre eran demasiado dulces para estas bestias que tienen la piel más espesa que el cuero del hipopótamo. Tu mirada curaba tus palabras. Sólo sabes amar. Odia. Y reinarás. El odio tiene curvadas las espaldas bajo su azote y pasa triunfante sobre estas filas serviles. Las aplasta. Y están felices de serlo. No son más que sádicos, y la tortura es la única caricia que aprecian y que recuerdan.

¿Ya es tarde? No, no es demasiado tarde. ¿Qué ya vienen los hombres armados? No importa. Sé que te preparas para ser manso. Te equivocas. Una vez te enseñé a triunfar en la vida. No has querido escucharme y ahora ves que estás vencido. Ahora escúchame. Ahora que te enseñé a triunfar sobre la muerte.

Sé Rey y Dios. ¿No tienes armas? ¿Ni milicias? ¿Ni riquezas? Ya te dije una vez que un resto de amor, el poco que me puede haber quedado del tesoro de amor que era mi vida angélica, hay en mí por Ti que eres bueno. Te amo, mi Señor, y te quiero servir.

Eres el Redentor de los hombres. ¿Por qué no quieres serlo de tu ángel caído? Era tu predilecto porque era el más luminoso y Tú eres la Luz. Ahora soy la Tiniebla. Pero las lágrimas de mi tormento son tan numerosas que han colmado el Infierno de fuego

líquido. Deja que yo me redima. Solamente un poco. Que de demonio me convierta en hombre. El hombre sigue siendo tan inferior a los ángeles. Pero ¡cuán superior es a mí, demonio!

Haz que me convierta en hombre. Dame una vida de hombre, tribulada, torturada, todo lo angustiada que quieras. Siempre será un paraíso respecto de mi tormento demoníaco y podré vivirla en modo tal de merecer el expiar por milenios y al fin poder llegar de nuevo a la Luz: a Ti

Deja que yo te sirva a cambio de esto que te pido. No hay arma que venza las mías, ni ejército más numeroso que el mío. Las riquezas de las que dispongo no tienen medida, porque te haré rey del mundo si aceptas mi ayuda, y todos los ricos serán tus esclavos. Mira: tus ángeles, los ángeles de tu Padre están ausentes. Pero los míos están preparados para vestirse con aspecto angélico para hacerte corona y dejar pasmada a la plebe ignorante y malvada.

¿No sabes decir palabras de mando? Yo te las sugeriré, estoy aquí para esto. Brama y amenaza. Escúchame. Di palabras de mentira. Pero triunfa. Di palabras de maldición. Di que te las sugiere el Padre.

¿Quieres que simule la voz del Eterno? Lo haré. Lo puedo hacer todo. Soy el rey del mundo y del Infierno. Tú eres sólo el Rey del Cielo. Por eso yo soy más grande que Tu. Pero todo lo pongo a tus pies si Tú lo quieres.

¿La Voluntad de tu Padre? ¿Pero cómo puedes pensar que Él quiera la muerte de su Hijo? ¿Piensas que pueda forjarse ilusiones sobre su utilidad? Tú ofendes a la Inteligencia de Dios.

Ya has redimido a los que pueden redimirse con tu santa Palabra. No hace falta más. Cree que quien no cambia por la Palabra no cambia por tu Sacrificio. Cree que el Padre te ha querido probar. Pero le basta tu obediencia. No quiere más.

¡Le servirás mucho más viviendo! Puedes recorrer el mundo. Evangelizar. Curar. Elevar. ¡Oh feliz destino! ¡La Tierra habitada por Dios! Esta es la verdadera redención. Rehacer de la Tierra el Paraíso terrestre en el que el hombre vuelve a vivir en santa

amistad con Dios y oiga su voz y vea su semblante. Un destino aún más feliz que el de los Primeros. Porque te verían a Ti: verdadero Dios, verdadero Hombre.

¡La Muerte! ¡Tu Muerte! ¡El tormento de tu Madre! ¡La mofa del mundo! ¿Por qué? ¿Quieres ser fiel a Dios? ¿Por qué? ¿Él te es fiel? No. ¿Dónde están sus ángeles? ¿Dónde su sonrisa? ¿Qué es lo que tienes ahora por alma? Un andrajo desgarrado, debilitado, abandonado.

Decídete. Dime: ‘Sí’.

¿Oyes? Los sicarios salen del Templo. Decídete. Líbrate. Sé digno de tu Naturaleza.

Eres un sacrílego porque permites que manos asquerosas de sangre y libídine te toquen: Santo de los santos. Eres el primer sacrílego del mundo. Dejas la Palabra de Dios en las manos de los puercos, en la boca de los puercos.

Decídete. Sabes que te espera la muerte. Yo te ofrezco la vida, la alegría. Te devuelvo a tu Madre.

¡Pobre Madre! ¡Tan sólo te tiene a Ti! Mírala como agoniza... y Tú te preparas para hacerla agonizar aún más. ¿Pero qué hijo eres? ¿Qué respeto tienes a la Ley? Tú no respetas a Dios. No respetas a la que te ha generado. Tu Madre... Tu Madre... Tu Madre...”.

He respondido... María, he respondido reuniendo las fuerzas, bebiendo llanto y sangre que chorreaban de los ojos y de los poros, he respondido:

“Ya no tengo Madre. Ya no tengo vida. Ya no tengo divinidad. Ya no tengo misión. Ya no tengo nada. *Sólo hacer la Voluntad del Señor, mi Dios.* ¡Aléjate, Satanás! Lo he dicho la primera y la segunda vez. Lo repito la tercera: ‘Padre, si es posible que pase de Mí este cáliz. Pero no se haga mi voluntad sino la tuya’. Vete, Satanás. Yo soy de Dios!”.

María, he respondido así... Y el Corazón se ha quebrado con el esfuerzo. El sudor se ha convertido de gotitas en regueros de sangre. No importa. He vencido.

Yo he vencido a la Muerte. Yo. No Satanás. La Muerte se vence aceptando la muerte.

Te había prometido un *gran* regalo. Como he concedido a pocos. Te lo he dado.

Has conocido la extrema tentación de tu Jesús. Ya te la había desvelado. Pero todavía no tenías madurez para conocerla plenamente. Ahora lo puedes hacer.

¿Ves que tengo razón al decir que no habría sido comprendida y admitida por aquellos pequeños cristianos que son larvas de cristianos y no cristianos formados?

Vete en paz, que Yo estoy contigo”.